

TINI DE BUCOURT
EN SILENCIO

El tiempo, tu propio camino



TINI DE BUCOURT

EN SILENCIO

El tiempo, tu propio camino

ÍNDICE

10	Prólogo
15	Arquitecta de mujeres
19	Genealogía femenina
27	Mi huella
33	Gitana
43	Lengua materna
49	Hombres
57	Gitano
67	Hombres II
75	Pedestal
81	Estilo
89	La cabeza
97	Yoga
105	Hongos

111	Mirar para ver
119	Arte
125	Arte II
131	Los pies
139	La piel
145	Mujeres
155	Vipassana
161	Manos
169	Emociones
175	Manto de lágrimas
181	Herida de guerra
191	Metamorfosis
199	Epílogo
204	Agradecimientos

PRÓLOGO

¿Por qué a Tini de Bucourt —que fue, y sigue siendo, una de las mujeres más bellas de Argentina— no le gusta que le digan “linda”?

Porque “linda” es un elogio pasivo. Una gracia concedida, no conquistada. Y si algo define a Tini es el ansia de buscar, de desarmar lo heredado, de preferir lo incierto a lo cómodo. La rebeldía de no hacer lo que se espera.

Tini fue una personalidad antes de ser, del todo, una persona. Como les pasa a tantos que se vuelven “alguien” demasiado pronto, terminó atrapada en el reflejo de lo que otros veían en ella. Proyectaban, suponían, admiraban, recortaban. Siempre la misma etiqueta, con leves variaciones: una mujer linda. Si hasta ella misma cayó en esa trampa, se confundió, y no logró sentirse enteramente dueña de algunas de sus decisiones más importantes.

Es por eso que no quiero que este prólogo se transforme en otra retahíla de atribuciones. No me interesa reemplazar esas etiquetas por otras. Pero cuando la conocí, me di cuenta —después— de que yo también llevaba encima ese prejuicio. No me imaginé que con ella iba a poder hablar, salpicadamente y sin pausa, como se habla con una amiga, de tartas de manzana, del bindi que lleva en la frente, de un *asana* de yoga, de sexo, del cáncer, de su mamá, de la mía, de Krishnamurti, de la fe, del color naranja, del autito que está viejo, de la seda afgana de sus cortinas, de la guerra (todas las guerras), de las palabras que se dicen, de las que no. De la maternidad, de una juventud que no tuvo, de ciudades, de personas, de la quimio.

Pausar para reírnos, cambiar de tema sin que se rompa nada, lagrimear si hace falta. En ese proceso, descubrí para mí la caída de un prejuicio.

Tini no entretiene. No adorna. Nunca quiso hacerlo. Lo que busca es otra cosa: conectar. Crear una corriente emocional entre ella y la persona que tiene enfrente. Encontró esa forma en los talleres, en las escuelas, en los viajes con grupos de mujeres por el mundo. En los libros también. En sus posteos de Instagram.

A mí, ella me resulta misteriosa. Y eso, en cualquier persona, es un imán. Tini tiene algo de protagonista de película alemana de posguerra. Fassbinder. *Maria Braun*. Una mezcla de reserva y fuerza. Pero también es una mujer moderna y transgresora. Habita su cuerpo con soltura (eso se lo debe a la danza clásica): se sienta, estira sus piernas eternas, se acomoda.

Tini se hace su lugar. Y, en ese gesto, te invita —a mí, o a quien sea que tiene enfrente— a hacer lo mismo.

Después de todo, ya no carga con el mote de la mujer linda. Ni con el de la exmodelo sabia que tiene un podcast y da consejos. Tini es una mujer en tránsito. Como todas.

Se apoya en el respaldo de la silla, come un huevo, se ríe. Te mira con esos ojos profundos que parecen recolectar información. Mira igual que como escucha, atentamente. A Tini no le gusta que le digan linda porque tiene ojos de rayo láser. Ojos que ven más allá de lo que brilla. Y lo que ven, no siempre es fácil de decir.

CARMEN GÜIRALDES



"ARQUITECTURA"

ARQUITECTA DE MUJERES

Ya todo el mundo sabe que empecé como modelo. Lo que no todo el mundo sabe, ni yo me imaginaba, era que iba a encontrar en este mismo cuerpo mío otra fuente muy distinta de sabiduría.

Siempre me gustó la arquitectura, y la decoración, desde muy chica. Crecí en una casa en Lomas de San Isidro. Me acuerdo de que me gustaba treparme al techo de esa casa y jugar con telas. Le pedía a mi mamá que me comprara retazos de pañolenci y de arpillera en una mercería que se llamaba *La Estrella*, cerca de casa, y me pasaba tardes enteras armando tapices, collages, hasta ropa, pero sin mucha idea de lo que hacía...



Mi hijo Juan, que es arquitecto, suele decirme que soy “una arquitecta de mujeres”. Pienso que es una construcción que va mucho más allá de lo físico. Cuando dejé mi carrera de modelo, puse una escuela con mi nombre, donde ayudaba a las mujeres a descubrir su propia belleza. Me acuerdo de que la primera publicidad que armamos para promocionar la escuela decía: “Las cosas pueden verse de otra manera”. Creo que tengo ese don de ver a las personas, de descubrir esa belleza innata que muchas veces queda tapada por motivos, dolores, excusas. A menudo me dicen que yo tengo una mirada diferente a la de la modelo convencional, que puedo ver

más allá, sugerir otro tipo de despliegue, descubrir lo que hay de especial en cada persona. Transmitir a las personas esa confianza tiene un efecto visible en su actitud, hasta en su postura corporal.



Ahora que estoy más grande me doy cuenta de que las personas que más brillan son las que se tienen a sí mismas, que nadie se ve tan bello como cuando está ocupando su lugar, viviendo conforme a lo que siente que es. Porque no existe lo uno sin lo otro. Por mucho maquillaje que te pongas.



Tuvieron que pasar muchos años de carrera para notar que el mismo proceso que acompañaba en otros se estaba desarrollando en mí. Hoy ya no doy clases ni talleres, prefiero llamarlos “espacios” porque me gusta la idea de hacerle lugar a lo que surja, en el otro y en mí, en ese encuentro.



"ANCESTRAL"